

Volumen XIV.—Junio 1.º de 1919.—Número 135.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXIX

CONTENIDO

- Respuesta de Monseñor Rafael M. Carrasquilla, Director de la Academia Colombiana, al discurso de don Guillermo Camacho Carrizosa, al tomar posesión de su silla, como individuo de número.
- Por un glorioso plantel..... FABIO LOZANO T.
- Carta de Mons. Carrasquilla
- Obras completas de don Miguel Antonio Caro..... JUAN A. ZULETA
- La lengua materna..... LUIS MARIA MORA
- Informe del señor Rector sobre la marcha del Colegio.
- Centenario de Boyacá (Decreto número 2 de 1919).
- Tres idilios..... MANUEL ANTONIO BOTERO
- Nuevo Ministro.
- Datos históricos..... IGNACIO CARRASQUILLA
- Julián Restrepo Hernández. R. M. C.
- Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Proposición).
- Decreto número 1072 por el cual se honra la memoria de un distinguido servidor público.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Junio 1.º de 1919

RESPUESTA

DE MONSEÑOR RAFAEL M. CARRASQUILLA, DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA, AL DISCURSO DE DON GUILLERMO CAMACHO CARRIZOSA, AL TOMAR POSESION DE SU SILLA, COMO INDIVIDUO DE NUMERO

No es tarea fácil para mí la de responder al discurso que el señor don Guillermo Camacho Carrizosa acaba de leernos. El maestro Antonio de Nebrija, en su Gramática latina, enseña que *interrogatio et responsio eodem casu gaudent*, lo cual traducido a romance significa que la pregunta y la respuesta deben hallarse en idéntico caso gramatical. Si fuera aplicable esta regla al compromiso presente, preciso sería que yo siguiese, siquiera de lejos, el estilo y lenguaje de nuestro meritisimo colega. Precisamente aquí estriba la dificultad. Porque el señor Camacho, sin descuidar el estudio y cultivo del patrio idioma, se ha formado en los autores franceses, y escribe en cláusulas cortadas, desnudas de postizos adornos y en las que el pensamiento chispea al reflejarse en la limpieza de la frase. El lenguaje del nuevo académico no consta sino de vocablos de uso corriente entre las gentes de refinada cultura. Se arrima más nuestro amigo, por la factura de su prosa, a Tácito que a Tito Livio, a Quevedo que a Cervantes.



Empleara períodos inmensos que, según expresión de Menéndez y Pelayo, se fueran ensanchando como las ondas concéntricas que forma una piedra arrojada a un estanque; los adornara de elegantes epítetos, los matizara de oportunos arcaísmos, y sería menos difícil de imitar; ya que el habla castellana, hija predilecta de la lengua latina, es maestra en el arte de envolver el concepto en ancho manto de púrpura, que dispuesto en pliegues dilatados, realce la gentil apostura y el airoso andar del pensamiento.

Mas es lo cierto que quien os está hablando no ha cultivado jamás el arte por el arte, y sólo se ha valido de las letras como de medios de propaganda religiosa, trillando los caminos más fáciles y andaderos para los niños y las personas indoctas; no sabe de otro estilo, si estilo mereciera llamarse su desmañado modo de escribir, y en él tiene por fuerza que contestar el brillante discurso del veterano publicista. La interrogación y la respuesta se asemejarán en ir escritas a la manera propia de sus autores respectivos y quedará cumplido el precepto del buen Antonio de Nebrija.

Las academias de la lengua no sólo admiten en su seno gramáticos, literatos y filólogos, sino también varones, concedores respetuosos del idioma, que se hayan distinguido en cualquier ramo de la actividad intelectual. Pocos meses há, fue recibido en la Academia francesa el mariscal Joffre, en premio de la pericia en el arte militar con que detuvo, en las gloriosas llanuras del Marne, el arrollador empuje de los ejércitos germanos.

Tiene razón don Guillermo Camacho al pensar que llega a nuestra corporación como calificado representante del periodismo diario. De raza le venía y tuvo de dónde heredar ese que antaño se llamaba oficio y ogaño se

apellida misión y hasta sacerdocio. Sus mayores habían sido periodistas, aunque harto diferentes de los de ahora, y habíanse distinguido por el calor y sinceridad de las ideas y la elegante medida de la forma. Don José Camacho Carrizosa, hermano mayor de don Guillermo y muerto en la flor de la inteligencia y de la edad, fundó, en asocio de nuestro malogrado colega Carlos Arturo Torres, el diario de mayor fama y circulación que poseemos, y lo creó a raíz de la más larga y cruenta de nuestras guerras civiles, con el propósito de insinuar la paz, ablandar los ánimos y convertir los partidos políticos, de enemigos embravecidos listos en todo instante a devorarse entre sí, en bizarros adversarios que, sin abdicar de los principios ni renunciar a la acción, se diesen la mano y se completasen mutuamente para bien de la amada patria colombiana. Que aquella semilla germinó lo testifican acontecimientos posteriores.

Aunque don Guillermo Camacho ha ocupado altos puestos en servicio de la nación, se ha sentado en una de las curules del Congreso y ha representado a Colombia como ministro plenipotenciario ante los gobiernos de España y de Francia, dejando a salvo el decoro de la república, el título que lo ha hecho conocido y estimado y le ha abierto la entrada a esta Academia, son sus condiciones de diarista. Dáse este nombre al director de un periódico, al que lo encamina a un fin, le traza rumbos atinados, lo individualiza, distinguiéndole de sus congéneres y aun haciendo de él especie aparte; solicita, juzga, escoge, combina los materiales sabiamente; y también se atribuye aquel dictado a quien, con altos propósitos, servidos por la inteligencia y el arte, honra de costumbre con sus escritos las columnas de la hoja cotidiana, a diferencia del que la edita con mengua de la moral y del buen gusto, del decoro y de la lengua castellana. No es músico el saboyano que

hace girar el manubrio del organillo callejero, ni son los blanqueadores de paredes del gremio de los Velásquez y Murillos.

Por los dos aspectos ya mencionados, merece el calificativo de diarista nuestro compañero y amigo: él es el arquitecto que concibe y dibuja el proyecto del edificio, desde la planta y los cortes verticales hasta los mínimos adornos de capiteles y cornisas, y es el constructor que realiza de mano maestra las concepciones del artista. Como todo luchador, sobre todo en campo religioso o político, sabe, por experiencia propia, de las fatigas, desazones y desencantos propios del oficio; pero ignora la más dolorosa de las penas de un autor: la de quedarse inédito después de haber dado a la estampa sus escritos.

El Nuevo Tiempo y *La Crónica* son los teatros en que ha desempeñado su papel. En *La Crónica* sobre todo. Cualquiera que sea su título, el diario del señor Camacho se presenta a modo de caballero mozo y apuesto, vestido de etiqueta, desenfadado y decididor, intachablemente culto en porte y modales y esgrimista consumado y temible. Conténtase, cuando se trata de la persona del adversario, con leves pinchazos y rasguños que a penas lastiman la epidermis, pero se va a fondo y hunde el arma hasta el puño, si la lucha se dirige contra sistemas o partidos.

Y se hace leer. No haya miedo de que el suscriptor, después de imponerse de los títulos, ponga el periódico a un lado, ni de que deje inconclusa la lectura del comenzado escrito. Porque la extensión, variedad y estilo de los materiales del diario cierran la puerta a los enemigos, que son la falta de letras y la sobra de quehaceres, la indiferencia con que se empieza y el tedio con que acaba. Al lado del artículo de fondo, del editorial, como dicen ahora, corto, ameno, rebosante de juventud,

donde las ideas no están al servicio de la frase, sino la palabra al servicio del pensamiento, viene el trozo de veinte líneas sacado de los grandes ingenios españoles de pasados siglos, de Hurtado de Mendoza a Castelar, onzas de superior ley, con doble valor: el intrínseco del *Oro viejo*, el extrínseco como joyas numismáticas; en seguida de la *Voz de la culle*, de donde salen los dardos más agudos y certeros, el contorno de personajes notorios, barajados en interesante desorden: hoy, Aristóteles; mañana, Madame Que sais-je; el lunes, Cagliostro; el martes, Federico el Grande; y después llegan la nueva del último descubrimiento científico, la crónica de la capital y las provincias, las noticias extrajeras, la anécdota picante, el cuento familiar y vaya usted a ver cuántas otras minucias y parvidades exquisitas.

Varios geólogos, con intenciones que ellos saben y yo también, andan buscando al hombre fósil en las rocas del período terciario. Me asombra que se sumerjan en las entrañas de la tierra a caza de lo que sin cesar se está codeando con todos nosotros en la calle y en el paseo, la visita y la reunión, el libro y el periódico. Don Guillermo Camacho no sirve para ejemplar de ningún museo paleontológico. La vida se revela en el movimiento. Cuando el movimiento acerca a una criatura a su verdadero fin, se llama progreso. Para progresar, se necesita la carencia de obstáculos, que se apellida libertad. Si todos los hombres se mueven libremente en su esfera respectiva, hay orden. La tranquilidad del orden tiene el nombre de paz. El señor Camacho es un enamorado del progreso, de la libertad y de la paz; pero cree que el progreso se funda en la tradición, la libertad se cimienta en el orden, la paz se basa en la justicia.

El doctor Newman fue calificado de apóstata por

varios anglicanos fanáticos; a la muerte del doctor Newman se disputaron el honor de su sepulcro la Universidad de Oxford y el Oratorio de San Felipe de Neri. A Gladstone lo llamaron tráfuga los *tories* extremados, y, cuando falleció, Inglaterra entera se vistió de luto por la pérdida del más insigne de sus hijos. Pasar de un bando a otro sin mudar principios inspira desprecio; cambiar las ideas verdaderas por las falsas es digno de lástima; trocar lo malo por lo bueno, o lo bueno por lo mejor, merece aplauso.

Da comienzo el señor Camacho a su discurso con un encomio merecido a su predecesor ilustre en el sillón académico; y aunque es mucho lo que se ha escrito sobre la persona, el carácter y las obras de don José Manuel Marroquín, ha encontrado nuestro compañero, como crítico ingenioso y sagaz, aspectos nuevos en su héroe y hallado dentro de sí mismo, puntos de vista originales para describir y juzgar al caballero cumplido, a quien comparó don Miguel Antonio Caro con el de la torre de Provedaña creado por Pereda; al cristiano de fe sencilla y fructuosa caridad con los pobres; al humanista y literato, poeta festivo y prosador correcto, rico y elegante; al preceptor de la juventud en la cátedra y el libro; y finalmente, con la reserva que impone la neutralidad de la Academia, nos lo presenta como trabajador de la hora de nona en el campo de la política batalladora y ardiente, como jefe ocasional de partido y jefe también de la República, durante uno de los periodos más agitados que registran los anales de Colombia. A guisa de fiel y aprovechado discípulo de las escuelas críticas más modernas, nuestro colega trae a cuento la prosapia y parentela del señor Marroquín, la educación que le dieron, su tem-

peramento e inclinaciones naturales y el medio en que le cupo en suerte ver la primera y la última luz de la vida. Así debe de ser, puesto que los maestros lo enseñan y practican; aunque, en mi falta de erudición contemporánea, no entienda hasta qué punto sean indispensables los precitados ingredientes para dar a conocer una obra literaria o artística. He llegado a pensar que, siendo el hombre libre, puede sobreponerse a los influjos que lo preceden y rodean, sobre todo al tratarse de los varones superiores, que no admiten para su razón más yugo que el de la fe cristiana, ni doblegan su voluntad sino ante los dictados del deber.

Para tratar del medio en que pasaron la niñez y la mocedad de don José Manuel, esboza el señor Camacho, en cuatro pinceladas, un cuadro de la antigua Santa Fe. Aunque original por los pormenores y el estilo, es en sustancia el mismo que trazaron, medio siglo há, nuestros deleitosos pintores de costumbres. Esos retratos, dicho sea sin ofensa de sus beneméritos autores, no tienen con el original sino a penas aire de familia, y sucede con ellos lo que con las descripciones de Teófilo Gautier y Edmundo de Amicis en sus relaciones de viajes por España. El lector de aquellos libros exquisitos imagina que la patria de Cervantes se compone, en la parte superior, de finchados hidalgos y encopetadas marquesas, oradores grandilocuos y poetas hiperbólicos; y en la inferior, de pordioseros y contrabandistas, toreros y manolas, sin más empleo que reñir a navajazos y bailar, bajo un sol que derrite el mármol, zorcicos y fandangos, al puntear de las guitarras y al repique de las castañuelas. El señor Camacho, que es tan fino observador y residió en nuestra Madre Patria, sabe estimarla en todo lo que vale y cuánto va, tratándose de ella, de lo vivo a lo pintado.

Cuando tiene talento, el narrador de viajes y cos-

tumbres se fija de preferencia en el rasgo, la persona, el paisaje que sorprendan y, por lo mismo, interesen más a los leyentes; y éstos, en uso de la facultad de generalizar, propia del espíritu humano, toman la excepción por regla, el caso particular por hábito de todos, el personaje original y estrambótico como tipo de una especie o un género. Bien hace el señor Camacho, que no ha empezado aún a descender la cuesta de la vida, y no vio con sus ojos la sociedad de antaño, en atenderse a los sabrosos relatos de los viejos cronistas; pero quien alcanzó aquellos tiempos de entonces y los tiene grabados en el alma con la viva tenacidad de los recuerdos infantiles, se atreva a creer que entre Santa Fe y Bogotá no median sino accidentales diferencias, las que nacen del transcurso del tiempo, del aumento de población y riqueza y de los inventos científicos e industriales y que son una sola ciudad, idéntica a sí misma por el carácter, cualidades y defectos. Paréceme confirmar esta opinión el hecho de que los sesentones nacidos en el barrio de la Catedral vivamos tan orondos y satisfechos en nuestra capital, remozada por fuera; ya que para nada nos estorba andar por calles asfaltadas, alumbrarnos con luz eléctrica, transitar en automóviles y tranvías, e ir, por julio y diciembre, en pocas horas, a orillas del Magdalena, cómodamente sentados y contemplando hechiceros paisajes desde las ventanillas del vagón.

Hay más aún. Las reliquias coloniales y varios de los usos de aquellas épocas lejanas no se hallan en mi casa ni en las de mis coetáneos, sino en las más elegantes y modernas. Las alfombras quiteñas, mullidas y espesas, bordadas de flores y pájaros de encendidos colores; los brocados que fueron de pluviales y casullas; los dorados canapés de duro asiento y alto y retallado espaldar; las mesas esculpidas, pintadas de oro y car-

mín y sostenidas por garras de águilas o leones; los sillones monacales de resobado cedro, forrados en vaqueta cordobesa; el pesado armario a lo mudéjar; el bargueño enchapado de carey con taraceas de nácar; los platos y fuentes de Talavera; las soperas y bandejas de plata de martillo con repujados blasones; el cuadro místico de Vásquez, Figueroa o Caballero; todo eso vive en los palacios a la última moda, ocupando sitio de honor en gabinetes y salones, atendido, mimado con cariñosa diligencia por sus dueños. Vosotros, señores, vais todos los días a la mesa a la hora acostumbrada por el virrey Mendinueta o por la marquesa de San Jorge; sólo que llamáis al almuerzo desayuno; a la comida almuerzo; *five o'clock* a la merienda, y comida a la cena. De suerte que mis contemporáneos y yo somos, en realidad, los únicos reformadores de la venerable Santa Fe.

Un pintor tan experto como el señor Camacho no podía incurrir en la falta de dibujar el retrato de su predecesor a plena luz. Son las sombras elemento indispensable al arte verdadero. Sólo Dios es lumbre purísima, y el hombre no puede contemplarlo sino a través de la lente empañada de las criaturas terrenas. La figura de Nuestro Señor Jesucristo aparece tan de relieve en el Evangelio, porque le sirven de fondo la rudeza de los discípulos, la perfidia de los fariseos, la cobardía de Pilato, la crueldad de los pretorianos.

Tiene nuestro colega la delicadeza de no presentar como defectos los que por fuerza, como en toda obra humana, han de hallarse en las del eximio escritor y poeta, y se limita a poner las tachas al lado de las cualidades relevantes, para que semejen unas de tantas contradicciones como suelen advertirse en el carácter de los hombres de excepcional ingenio. Cúpome la honra de tratar por largos años al señor Marroquín en

una intimidad que es de los pocos timbres que me envanecen y uno de los recuerdos más dulces de mi juventud, y soy osado a juzgar, aunque con temor de equivocarme, que las mentadas antinomias eran más aparentes que reales, y se explican recordando las diferencias que señalan los filósofos entre las múltiples facultades cognoscitivas y afectivas de la persona humana.

Después del citado elogio al señor Marroquín, entra don Guillermo Camacho Carrizosa a tratar del verdadero asunto de su discurso, de la prensa diaria, y entona un himno de alabanza a aquella musa que lo inspira, Palas Atenea que lo sostiene en el combate y le ciñe a menudo las sienes con los laureles del triunfo. Aquí es donde nuestro compañero se muestra más ingenioso pensador: hierven los conceptos de la mente, la frase cabrillea como los luceros en noche despejada. ¡Qué ocasión para que uno de vosotros, señores académicos, se hubiera encargado de esta respuesta y fuera siguiendo paso a paso al orador, realizando discreto unas ideas, rectificando, galante y delicado, ciertos juicios, ensalzando como es de justicia el discurso del ágil y esforzado periodista! Al llegar a esta parte, me siento cohibido y temeroso, por el recelo de prolongar esta deshilvanada parla y por el de faltar a las leyes de la galantería para con el académico que hoy se sienta por primera vez entre nosotros. A un hombre en plena luna de miel no se le indican los lunares e imperfecciones de su novia. Además, si digo algo en mal del periodismo, podrá tachármese de inconsecuente e ingrato, puesto que de él he venido valiéndome sin cesar, desde hace cuarenta años, como instrumento de difusión y como arma de combate. Soy

sacerdote y pedagogo y he tratado la materia que ahora tenemos entre manos, en el púlpito, desde el punto de vista religioso, y en la cátedra, desde el ético y social; y no quería que tuviesen mis palabras sabor de sermón o de conferencia escolar, lo que sería falta imperdonable de tacto. El ministro de Dios, por rudo e ignorante que se lo suponga, es siempre, en el ejercicio de su cargo, superior a su auditorio; cierto como está de su doctrina, predica con autoridad y arguye, ruega, increpa a los dóciles oyentes. Enseña de lo suyo el profesor de filosofía, pero tiene sobre los alumnos el ascendiente del cargo y de los años. En esta aula no soy maestro, sino el menor de los discípulos, y me estimo entre vosotros, a pesar de mis canas, párvulo de primeras letras.

Los pasmosos adelantos, las invenciones y descubrimientos realizados de cuatro siglos a esta parte han acrecentado sin medida las facilidades y los goces, pero han creado un sinnúmero de necesidades, desconocidas antes, y para satisfacerlas a penas alcanzan los momentos del día y el breve término de la vida terrena. No hay cuándo vacar unas horas a las tranquilas elaciones del espíritu, y sin embargo crece en todas las clases sociales el ansia de saber, pero en poco tiempo y con el menor trabajo posible. Y por lo tanto, el retrato ha sido reemplazado por la fotografía; el cuadro al óleo, la acuarela delicada, la primorosa miniatura, por estampas iluminadas; el mármol o la piedra de labor como materiales de construcción por el cemento armado; y el libro por el diario.

Esta última metamorfosis se ha verificado a través de varios siglos, lo que demuestra, a mi parecer, que no ha sido resultado de moda o de capricho, sino fruto maduro y estable del desarrollo social, y que responde a verdaderas necesidades de la civilización con-

temporánea, Hasta mediados del siglo XV de nuestra era, como lo sabéis mejor que yo, la sabiduría moraba reclusa en los preciosos manuscritos, compuestos de finas hojas de vitela, dibujados letra a letra por algún sabio benedictino, que solía emplear la vida entera en la transcripción de un solo códice. Empastados en recio y reluciente pergamino, con las sobrepuestas armas y cifras de sus dueños, cerrados con artísticos broches de oro y esmalte, hallábanse sujetos a los anaqueles por cadenillas de plata. Cada ejemplar de aquellos era una joya, accesible sólo a la fortuna de papas y príncipes, monasterios y universidades. Para acercarse a un libro, tomarlo en las manos, consultarlo o leerlo con nimias precauciones que evitaran el menor desgaste, se requerían valedores y empeños y una multitud de enojosas formalidades. Así me explico la erudición pasmosa de un Durando, un Escoto, un Tomás de Aquino. ¡Con qué diligente atención se estudiarían las páginas! ¡Qué esfuerzo mental para retener en la memoria lo aprendido! ¡Cuánta fidelidad para conservar las citas, transcribir los pasajes más salientes, resumir en breves líneas la doctrina!

El descubrimiento de la imprenta, precedido de la invención del papel, transformó muy a lo hondo la lectura. Lo que antes era privilegio de pocos se hizo común a muchos, y los hombres de mediana fortuna pudieron concederse el lujo de poseer una veintena de volúmenes. Los primeros que salieron de las prensas eran muy semejantes en la forma a sus ilustres mayores; y el pesado folio, impreso a dos columnas, sin división de párrafos y apartes, en grandes letras de Tortis, con iniciales historiadas, gruesa pasta de piel y chapas y manecillas metálicas, no se diferenciaba por de fuera de los antiguos manuscritos. El libro fue abreviándose más y más de formato y de precio y se multiplicó como

las arenas de la mar. Si se reuniesen los que se estamparon en el pasado siglo, creo que formarían una pirámide tan elevada como una de nuestras cumbres andinas. ¿No habéis abrigado, señores, el temor de que la instrucción haya perdido hacia lo profundo lo que ha ganado en superficie? Desde que el libro es mío, sabedor como soy de que le puedo reemplazar a poca costa, ya perdió la mitad de su prestigio; y lo leeré por saber lo que contiene, por disfrutar de elegancias de estilo y bellezas literarias; pero ¿a qué fatigar el cerebro, con textos, nombres propios y fechas, cuando todo se halla a mi alcance con sólo levantarme del asiento? Me forjo de buena fe la ilusión de saber lo que saben dos centenares de libros escogidos que forman mi modesta biblioteca. Sobra apuntar que esto que me sucede a mí no reza, señores académicos, con ninguno de vosotros.

Así como al códice sucedió al incunable, y al ponderoso folio el leve volumen en octavo, el libro, para muchas gentes, ha venido a ser sustituido por el diario. Nada hallo en mi corto ingenio que añadir a lo mucho que en elogio y a lo poco que en vituperio de este educador de la sociedad contemporánea, ha dicho el señor Camacho Carrizosa. Acaso en sólo un particular, difiero en su dictamen. El cree en el influjo del periodismo, pero lo defiende con cierta timidez, como a punto sujeto a controversias. Para mí el predominio de los diarios no es materia de opiniones: es una verdad casi axiomática. Dejando a un lado los anales de países extranjeros, puede afirmarse que todas nuestras guerras, revoluciones y mudanzas, benéficas o nocivas, han sido causadas por la prensa—las excepciones confirman la regla general—de tal suerte que podría escribirse una historia crítica nacional, cuyas partes llevarán por mote el nombre de algún periódico; y no habría

quien no supiera de antemano el contenido de los capítulos titulados *La Bagatela*, *La Bandera Nacional*, *La Civilización*, *El Tiempo*, *El Mensajero*, *El Tradicionista* y *La Luz*.

Si el hecho se impone con evidencia, no son fáciles de conocer las causas que lo determinan. No se diga que la principal de ellas es la eficacia de la palabra humana, imagen del Verbo Divino por quien fueron creadas todas las cosas; porque la expresión hablada tiene la autoridad de quien la profiere, mientras que aquel mismo concepto estampado en un diario, aun con la firma de autor desconocido o mal acreditado, es cosa augusta e intangible, la voz de la prensa, de la diosa de la sabiduría en nuestro siglo descreído. Ni cabe tampoco pensar que sea productora del fenómeno la reverencia que las letras de imprenta despiertan en la mayor parte de las gentes, porque jamás el libro ocasionó los bienes y los estragos del periódico. ¿Será debido a que este último se estudia con mayor aplicación y detenimiento? Todo lo contrario: llega a nuestras manos por la mañana, cuando estamos urgidos a principiar los quehaceres, o por la tarde cuando ya nos ha rendido la fatiga. La persona toma el diario con avidez, lo desdobra nerviosamente, recorre los epígrafes, lee a la ligera lo más interesante para él y arroja el impreso a la cesta de los papeles inservibles.

Las causas generadoras del imperio del periódico son hondas y complejas, con raíces en la psicología y en las ciencias sociales, y no pretendo ahora escudriñarlas. El señor Camacho quiere prensa libre, perfectamente libre; responsable, eficazmente responsable. Es la fórmula de nuestra carta fundamental y excluye la libertad de imprenta *sin limitación alguna*, que ha sido reprobada por la Iglesia. Afirma nuestro compañero que los males de la prensa sólo con la prensa se corrigen;

pero me parece que al pedir responsabilidad para ella, implícitamente reconoce, como remedio a los abusos, el temor a la sanción justa y eficaz, establecida de antemano por la ley y aplicada por un juez inteligente e imparcial. He leído en célebres tratadistas de derecho penal que es mejor prevenir los delitos que verse en la obligación de castigarlos. Mis votos son porque el periodismo se funde en la verdad, se inspire en la justicia, se modere con el respeto y se encamine al engrandecimiento de la patria.

Señor Camacho: en nombre de la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, os declaro en posesión de la silla de número para la cual fuisteis merecidamente electo. Hasta ayer nos habíamos ufanado dándoos el nombre de amigo; desde hoy nos honramos al consideraros como colega nuestro.

He dicho.

Mayo 4 de 1919.

